

# Estado y perspectivas del libro hoy

## Ese quemar libros que es la vida

Juan Domínguez Lasierra

Sobre cómo Ray Bradbury con su *Fahrenheit 451* me hizo amar los libros cuando era joven e inteligente, aunque menos sabio.



Oscar Baiges

Así de pronto, ponerse a escribir en abstracto del libro resulta un poco fuerte. Pero me lo pide mi director, y cómo negarme a escribir lo que sea, seguramente simplezas, mil veces escritas. A ver lo que sale...

Hace tiempo, me hicieron el Cuestionario Proust, y a la pregunta de cuál creía que era el objeto de diseño más perfecto de la historia contesté que el libro. Podría haber respondido, por su esencial importancia civilizadora, que la rueda, pero dije el libro, que también ha hecho rodar mucho al mundo.

Cuando era joven, es decir, más inteligente que ahora (tal vez menos

sabio), no me costaba nada escribir artículos laudatorios del libro. Y sin que me los pidiese ningún director, únicamente al impulso devocional de mi propio arbitrio. Porque entonces, de joven, yo era un voraz lector de libros, un adicto al papel: me leía todo lo que me caía a las manos y lo que me echaba yo mismo, lo consumía todo: desde Wittgenstein a Marcial Lafuente Estefanía. Todo me parecía de interés. Ahora me he vuelto un lector muy selectivo y solo leo lo que me recomiendan mis amigos selectivos, o lo que necesito para mis trabajos propios. En esto ya no selecciono nada, porque en el peor

de los libros puedes encontrarte la joya que necesitas. En este sentido, como se suele decir, no hay libro malo. O dicho de otra manera, en el peor de los libros siempre hay algo bueno. Sería mi resumen sobre lo virtuoso libresco.

Pero hablaba de mi inteligencia juvenil, cuando no me costaba nada escribir sobre el libro. Recuerdo ahora que, en mis primeros tiempos periodísticos, influenciado por la lectura del *Fahrenheit 451*, del iluminado Ray Bradbury, escribí uno de esos artículos que digo. Y lo busco, en un intento de encontrar inspiración para el encargo que se me hace.

Perdido en el baúl de los recortes, allí está, encabezado con una cita del maestro Bradbury: “Si uno no puede amar con intensidad jamás podrá crear”, que supongo que me pareció entonces esclarecedora. Entonces... y, ¿por qué no?, también ahora, ahora que no soy tan inteligente (o sea, tan inocente) y únicamente sabio (creo) por privilegio de la edad. Después de la cita escribí lo que sigue:

*Bradbury. Ese franciscano poeta de la ciencia-ficción, ese impenitente niño de planetas de flores, corazones de cristal, ojos dorados...*

*Libro amigo, compañero fiel, guía curioso de todos los caminos, hermano de cuitas, maestro de respuestas, sembrador de dudas y quebrantos, profeta de horizontes imprevistos, caleidoscopio de los mil colores de la vida: afanes, miserias, alegrías, entusiasmos...; milagro repetido de una multiplicación en plomo y tinta del dios Gutenberg... Yo te saludo.*

*Libro: creación: amor. Libro, acto de amor. Voluntad de amor sin cortapisas. Bradbury dixit: la creación deviene de la capacidad de amar. Se crea porque se ama. Amor, fuente y cimiento de todo libro.*

*Libro amigo, has hecho crearme hombre superior; espejismo, no obstante, de pocas páginas. Me has llevado luego a la humildad: sabio por consecuente con mi ignorancia. Feliz de conocer y desdichado a un tiempo. Víctima de una historia secular que has hecho mía, solidario de sus mil fatigas, juez de sus mil horrores, espectador y reo, verdugo y actor.*

*El libro es así un manifiesto de vida (amor-creación). Estandarte de esperanza para un mundo con destino, decidido al futuro. Supervivencia a costa de amor: el odio solo a la muerte lleva.*

*Libro amigo, has violado mil rincones vírgenes que alguna vez he llorado con nostalgia —como si la vida misma no hubiera de mostrármelos un día, con*

*menor generosidad—. Has abierto a lo vivo, el corazón del dolor de un mundo abismado en lo negro. Has roto el cordón umbilical de mi universal desconfianza en los pequeños seres que pululan por la tierra con voz y pensamiento. Arrastrados y capaces de auparse hasta las águilas, Alas a una inocencia perdida y ganada en el vuelo de tus páginas.*

*Fahrenheit 451. Temperatura a la que se queman los libros. Bradbury nos toma de la mano. De la voluntad de vida nos conduce al amor al libro. ¿O es al revés? El libro es la conciencia de nuestro sí rotundo a la vida. Sí rotundo a la elección de nuestro caminar.*

“Cita del maestro Bradbury: “Si uno no puede amar con intensidad jamás podrá crear”.”

*Libro amigo, quizá porque soy joven aún, creo que me has hecho vivir más que la vida. Savia tuya nacida —generosa y continua—de los mil sudores de aquellos que dejaron la suya entre sus páginas. Has abierto el pecho de una Humanidad que me has hecho amar al descubrirla en su esencia total: barro y estrella, sudor y pájaro, cenit y polvo; claroscuro sin fin y sin descanso de un alma en simbiosis con la carne, de un corazón dicotómico a un cerebro.*

*El hombre tiene vocación de vida. Tú, libro amigo, eres respuesta a esta vocación, Que lo diga Bradbury. Que lo afirmen todos los que escribieron. Mientras el libro exista no existirá el hombre manipulado. Hombre sin vocación a cuya muerte repetida asistimos en cada amanecer. Hombre sin alma.*

*Libro amigo. No estás libre de pecado —tienes tantos pecados como el mundo—. Pero te desborda la virtud, blanco y negro de tu palpar también humano. Sin ti no hubiera sido el que soy, bienaventurado doctor Faustus moldeando la imagen del que soy. Tu carga de ilusión la llevo encima. También tu*

*desengaño, pagado por las mil traiciones de los siglos.*

*Para ti mis noches de insomnio conseguidas a fuerza de querer, página a página, resistiendo la porfía y el embate de Morfeo. Para ti la compañía de días de soledad voluntariamente buscada, robada al trajín de mi mundo, por encontrarme en ti.*

*Bradbury amigo, libro amigo..., mi saludo.*

Transcribo estas frases —perdidas en el baúl de los recortes, ya lo he dicho, pero me gusta la frase— y me asombran, me asombran mucho, aunque las reconozca, las identifique, con envidia y celos. Las escribí un ingenuo joven (yo lo he sido, lo sigo siendo, un poco menos) y las publicó en *Heraldo* en septiembre de 1969. Me alegran y me entristecen a un tiempo. Ya no soy tan inocente para escribirlas así, con esa rotundidad, con esa certeza. Y empiezo a pensar que la edad, que me ha hecho menos inteligente, me ha hecho también menos sabio de lo que creía. Me alegro por lo que fui, me entristezco por lo que soy. Ser selectivo es haber perdido muchas plumas en el camino. Ya no puedo volar como volaba. He quemado demasiados libros.

Nota al director: Ya sé que no hablo del futuro del libro, pero ya lo harán otros, o eso espero. Vuelvo a la frase de Bradbury: “Si uno no puede amar con intensidad jamás podrá crear”. Mientras haya amor, habrá creación, y por tanto libros, sean de una u otra forma. Seamos optimistas. Y dale las gracias al joven que fui, que me ha salvado el encargo.